

La economía mexicana en el siglo xx: ¿grandes ilusiones, magros resultados?

Esperanza Fujigaki Cruz*

Elsa M. Gracida**

Introducción

Los sucesos históricos se suceden en el tiempo y en el espacio. Sabemos que el tiempo matemático de Newton -físico como hoy se le conoce- que transcurre uniformemente y sin estar referido a ningún otro objeto, marca una sucesión ininterrumpida de los segundos a los siglos y es útil para fijar los límites temporales de los eventos. Sin embargo, no lo es para descubrir por qué los eventos suceden de forma determinada y qué vínculos existen entre ellos. Siendo así, el tiempo físico resulta extremadamente limitado frente a la complejidad del estudio del proceso de cambio continuo a lo largo del tiempo. Es entonces cuando acudimos al tiempo histórico.

El tiempo histórico, al igual que el tiempo físico, corre como un río; pero empleando las palabras de Marc Bloch, lo hace "como un río sin fronteras abstractas y rígidas, cuya milésima sea la cifra 1" (Bloch, 2000). Desde luego, la complejidad del estudio de la Historia en general, y de la Historia Económica en particular, exige también hacer cortes, poner señales en su análisis. En otras palabras, es necesario periodizar. Y si bien esta periodización sigue siendo de alguna forma arbitraria, adquiere sentido histórico cuando indica los principales puntos de infle-

* Profesora de Tiempo Completo de la Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México.

** Profesora de Tiempo Completo del Posgrado en Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México.

xión del proceso o del fenómeno investigado y de sus relaciones internas, a partir de su propio comportamiento.

De esta forma, la duración de cada siglo histórico estará determinada no por las cifras con terminación doble cero sino por el "nacimiento, desarrollo, transformación cualitativa o desaparición" (Semo, 1978) de los procesos o fenómenos fundamentales que definen la centuria. Pero, ¿cuál ha sido ese proceso o fenómeno esencial que ha dado centralidad al siglo XX cronológico mexicano? ¿Cuál es su temporalidad? La respuesta no es sencilla porque, en ese correr del río de la historia, diversos procesos y fenómenos se superponen unos a otros.

En México, el siglo XX cronológico comprende una serie de importantes procesos que abarcan los ámbitos económicos, sociales, políticos y culturales. Podemos resaltar períodos de gran crecimiento económico como el porfiriato (1876-1910) o los años del llamado "milagro mexicano" (1958-1970); épocas de profundas transformaciones sociopolíticas como la Revolución Mexicana -en su ciclo completo que abarca hasta 1940-, donde se procesan profundas transformaciones económicas con la reconstrucción, surgimiento de nuevas instituciones y los cambios estructurales del período cardenista. También destacan en este siglo modificaciones cruciales en el avance de las formas de intervención estatal, pues a partir de la década de la República Restaurada (1867-1876) y en las del Porfiriato, se consolida el Estado-nación, que desde entonces se volverá un elemento definitorio del rumbo del país; su reconfiguración, a partir de la etapa armada de la Revolución Mexicana (1910-1920), dio paso a un Estado moderno, interventor, creador de nuevas instituciones y políticas económicas, que proyectaron al país por una senda de mayor crecimiento económico. La última centuria nos muestra, también, el surgimiento de complejos procesos sociopolíticos como el paso del partido único al sistema de partidos y a las aperturas democrático-electorales actuales; o bien, los grandes movimientos obreros y sociales -que tienen gran incidencia en el porfiriato, continúan en todo el ciclo revolucionario, con algunas fechas claves posteriores como 1948, 1958, 1968 y no dejan de manifestarse en las últimas décadas-, los cuales nos presentan un país en permanente cambio y en búsqueda de respuestas a sus agudos problemas. Asimismo, podemos distinguir los distintos esquemas de crecimiento (desarrollo hacia fuera, desarrollo hacia dentro, crecimiento con inflación, crecimiento estabilizador, crecimiento hiperinflacionario) y un largo etcétera.

Podemos, entonces, afirmar que hay *más de un elemento definitorio* del siglo XX mexicano. Aislar un elemento o proceso es simplemente un *camino analítico* para aprehender la dinámica histórica de funcionamiento del sistema en estudio y, en el caso particular de la historia económica de México, aquel que le da forma a la transformación económica del siglo XX.

Reflexiones que hacemos al calor de los interrogantes que nacen desde la cotidianidad de nuestro quehacer académico, docente y de investigación nos llevan a proponer, a través de un balance de lo señalado en las anteriores líneas, que la industrialización de la sociedad mexicana es el fenómeno articulador del siglo XX en México. Es ella la que define a nivel económico la dinámica de acumulación,

su trayectoria y resultados. A su sombra, tiene lugar el despliegue y maduración de las clases fundamentales del capitalismo: burguesía y proletariado; así como la presencia de un Estado activo, interventor. Es la industrialización, también, la que revela una nueva articulación del mercado interno a nivel de los sectores productivos y de su forma de inserción al mercado mundial. Adicionalmente las formas de relación entre el Estado, los empresarios y los trabajadores, son esenciales para explicar el proceso socio-político, así como también el ideológico.

En este trabajo nos centramos en el avance industrial manufacturero que sintetiza los aspectos esenciales del desarrollo económico del país.¹ ¿Es la manufactura el gran articulador del mercado interno? ¿es el principal generador de ganancias, empleo, división del trabajo? ¿es el innovador y modernizador por definición de la economía, la sociedad, el consumo productivo e improductivo? ¿nos permite comprender relaciones claves con el mercado externo, la inversión extranjera y las grandes compañías transnacionales a través de sus subsidiarias? La respuesta afirmativa a estas cuestiones no deja dudas de su importancia fundamental, si bien una respuesta matizada debe destacar la gran influencia del sector rural hasta los años sesenta, o la participación superior del sector servicios en el PIB, desde las primeras décadas del siglo XX.

Siendo así, nuestro objetivo es mostrar cómo desde la perspectiva de la historia económica, el proceso de industrialización se desempeña como el fenómeno que centraliza las profundas transformaciones económicas y sociales del desenvolvimiento del siglo XX histórico mexicano. Los límites temporales de esta centuria son el período que abarca aproximadamente de 1890 a 1986, tiempo en el que tiene lugar el nacimiento, expansión, consolidación, auge, crisis y agotamiento del proceso mediante el cual la sociedad mexicana se industrializa. En una primera fase, que va de la última década del siglo XIX hasta fines de los años treinta del siglo XX, el proceso de industrialización se despliega como producto del propio desarrollo capitalista experimentado por el país; mientras que en su segunda fase, entre fines de los años treinta y mediados de los ochenta, se convierte en el gran proyecto nacional mediante el que, según presuponen los agentes económicos, México habrá de abandonar su condición de nación atrasada.

La conciencia de que somos un país pobre y atrasado, ansioso por colocarse al nivel de las grandes potencias, ha acompañado nuestro desenvolvimiento desde épocas lejanas. En el México del siglo XX, el porfiriato con su crecimiento económico fue una suerte de atisbo de ese acariciado anhelo. Las fuerzas protagonistas de los años cuarenta y cincuenta vuelven, con una precisión circular, a cifrar sus esperanzas en la modernización, ahora por la vía industrial. El descubrimiento de

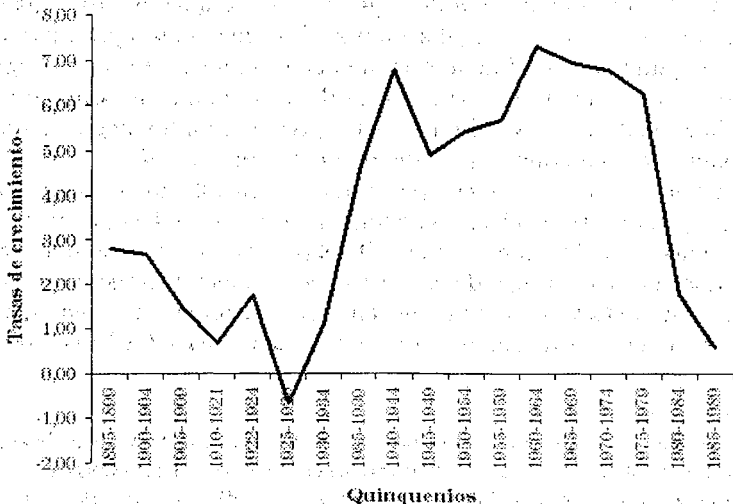
1. Como se mencionó, el papel del Estado moderno, sobre todo a partir de la Revolución mexicana, es otro de los rasgos determinantes del período; no centramos en él el análisis porque implica entrar al nivel de los procesos políticos y sociales con más detalle, alejándonos de los económicos, sin que esto suponga que neguemos su importancia e influencia sobre los segundos.

importantes yacimientos petroleros en el último tercio de los años setenta, de nueva cuenta parece poner al alcance de la mano la posibilidad de pasar al selecto núcleo de los países avanzados. Pero una visión estrecha de lo que tal proceso significa -de la acumulación de riqueza brotará la prosperidad unánime (Monsiváis, 1977)-, condujo no sólo al desencanto de sus promotores y a mantener la desigualdad de la distribución de la riqueza sino, en un caso, a la Revolución Mexicana, en otro, a los grandes movimientos sociales de la quinta y sexta décadas y en un tercero, a una de las crisis más profundas por las que hasta entonces había atravesado nuestro país.

Gráficamente, el comportamiento global de la economía observa el ascenso de los últimos años del siglo XIX y principios del XX, seguidos por la disminución de la tasa de crecimiento provocada sucesivamente por los efectos negativos de la crisis de 1907-1908, la Revolución Mexicana y la crisis de 1929. A continuación muestra una trayectoria semejante a la de una campana, donde el segmento ascendente incluye los siguientes dos lustros del período. Durante este lapso las tasas quinquenales del Producto Interno Bruto registran un aumento continuo, amortiguado posteriormente en 1940-1945, pero acelerado nuevamente en 1955-1960, alcanzando un nivel histórico máximo entre 1960 y 1965. A partir de esos años, la porción descendente de la curva exhibe la declinación y estancamiento del crecimiento económico, sólo brevemente interrumpida en dos de los años finales de los setenta, durante la repentina prosperidad petrolera.

Gráfico 1

Evolución de la economía, 1895-1989



En el ámbito intersectorial, los desequilibrios en su evolución también son consignados con nitidez. A todo lo largo del proceso, la actividad agropecuaria, aunque con variaciones, se desenvuelve a un ritmo gradualmente menor al del conjunto, y a partir de 1965 entra en una larga crisis en diversas regiones y en la producción de cultivos clave; la industria aumenta con mayor velocidad que el PIB y el sector terciario con una cadencia semejante. Aunada a la dispar evolución, existente asimismo al seno de cada una de las actividades, el acontecimiento de mayor envergadura es el reemplazo de la agricultura por las manufacturas como eje propulsor de la economía del país. Haciendo notar el viraje, la industria de transformación se desempeña como el sector que más contribuye al progreso de la economía y, desde 1956 sobrepasa al sector agropecuario como generador del PIB.

Etapa de consolidación, 1890-1940

A lo largo de las décadas de 1880 a 1940 se consolidan las bases del crecimiento industrial, que se implanta en forma definitiva en la estructura económica, aunque México sigue siendo un país rural, poco poblado, basado en una economía primario-exportadora (agrícola y minera) y profundamente heterogéneo en sus distintos desarrollos regionales. Este crecimiento tuvo un largo proceso de gestación; así, la imagen que presenta el siglo decimonónico, a partir de su segundo tercio, es de regiones y ciudades donde despuntaba la industria, sobre todo textil, en diferentes coyunturas. En algunos lugares alcanzó cierto avance que continúa hasta nuestros días, en otras regiones entró en decadencia e incluso desapareció. Es hasta el porfiriato cuando podemos ver que estas tendencias aisladas se suman para formar una tendencia general hacia la industrialización, que al encontrar factores propicios permiten que se consolide, aun sin ser todavía la fuerza económica dominante (Fujigaki, 1997).

En esta etapa, el avance industrial se basa en varios procesos, que van profundizándose: integración y crecimiento del mercado interno -en parte por el gran tendido de vías férreas-, junto al papel relevante del mercado externo, al que se integra el país exportando grandes cantidades de productos primarios. El sector externo llega a generar casi un tercio del PIB en 1910 (30.5%, Rosenzweig), pero es interesante señalar que la mayor parte de las importaciones las constituyen maquinaria, equipo ferrocarrilero, equipo para minas, bienes intermedios y, en años de crisis agrícolas, alimentos. Resalta la intervención creciente del capital extranjero en los sectores de avanzada y la importancia, cada vez mayor, de los empresarios industriales, nacionales y extranjeros. Los cambios en la clase trabajadora indican el surgimiento de los obreros industriales. Se consolida un Estado nacional fuerte, con tintes oligárquicos, que logra integrar y controlar el país y que establece nuevas instituciones y leyes. Hay un crecimiento lento pero sostenido de la población, sobre todo urbana.

La mayor parte de la producción industrial porfiriana se dirige al mercado interno, aunque se llegan a exportar pequeñas cantidades de algunos productos. La demanda interna aumenta debido a la mayor población, la urbanización y el desarrollo de nuevas actividades, que propicia que importantes sectores de los trabajadores abandonen las actividades agrícolas de autoconsumo. Dentro de la industria manufacturera, el mayor peso corresponde a la rama textil (22.64% de la industria de transformación en 1910), seguida por el azúcar (17.05%) y la industria tabacalera (9.12%) (Blanco y Romero, 1977). Durante el período crecen la producción siderúrgica, la cementera y la generación de energía eléctrica y, se inicia la extracción de petróleo.

En el Porfiriato se presenta un gran crecimiento de las sociedades anónimas a partir de la década de 1890, con importante participación del capital extranjero. Fue una forma de lograr el monto de capital necesario para iniciar una empresa en una sociedad donde se carecía de un desarrollo bancario completo. Surgen importantes grupos de empresarios en la industria manufacturera: uno de origen europeo, en su mayoría franceses y españoles. Los primeros, por ejemplo, controlaban la Compañía Industrial de Orizaba, S.A., (CIDOSA), la mayor empresa textil. Otro grupo era de origen norteamericano, donde podemos ubicar a Henry Clay Pierce. Asociado a W. H. Waters fundaron la compañía Waters-Pierce para la refinación de petróleo. Otro ejemplo fue Thomas Braniff, quien se inició en la construcción de ferrocarriles y después invirtió en otros sectores (Collado, 1987). Hubo grupos de empresarios nacionales como el representado por la familia Madero (Coahuila-Monterrey), los Garza-Sada-Hernández (Grupo Monterrey; Cerutti, 1992) o los Terrazas-Creel (Chihuahua; Wasserman, 1973), entre otros.

La manufactura cuenta con mano de obra abundante y barata, con habilidades para un adiestramiento rápido; muchos trabajadores son artesanos desplazados por las fábricas o bien, campesinos que emigraban a las ciudades. Los obreros están, en general, en mejores condiciones que los jornaleros agrícolas, pero todos se ven afectados durante los años de crisis. Los técnicos y trabajadores extranjeros tienen una mejor situación que los obreros mexicanos, quienes sufren las prácticas discriminatorias de los empresarios.

En el sector manufacturero se presenta una tendencia a la concentración de la producción en las empresas más grandes, que en su mayoría son propiedad de extranjeros radicados en México (Haber, 1992). Estas grandes empresas están organizadas como sociedades por acciones e incorporan maquinaria y técnicas modernas, importadas de los países más desarrollados. Unas cuantas grandes empresas controlan la mayor parte del mercado en la producción de acero, cigarrillos, cerveza, cemento, vidrio, jabón, dinamita, papel y textiles. Muchas son tecnológicamente avanzadas (Marichal y Cerutti, 1997).

Sin embargo, la producción artesanal y las pequeñas manufacturas de carácter familiar continúan siendo importantes, y en muchas regiones el autoconsumo es la forma de satisfacer las necesidades de textiles, alimentos y bebidas. Un aspecto esencial a resaltar es que la industria manufacturera se dirige a abastecer el mercado interno, sobre todo de las áreas urbanas, aunque este mercado tiene lími-

tes impuestos por la desigual distribución de la riqueza y la baja cantidad de población, en términos absolutos.

No obstante, la industria es incapaz de absorber la fuerza de trabajo existente, y el mercado de consumir la producción generada; por lo tanto, muchas empresas presentan capacidad instalada no utilizada. En la crisis final del Porfiriato aumentan los desempleados en las mayores zonas fabriles, mineras y agrícolas.² Los obstáculos al desarrollo industrial acusan varios factores: el mercado interno sigue siendo estrecho para el tipo de plantas industriales establecidas en esta etapa. El autoconsumo, en muchas regiones donde predominan las comunidades indígenas y campesinas, sigue siendo importante. Los niveles salariales de la población trabajadora son muy bajos, como para traducirse en una demanda creciente de productos manufacturados. A pesar de la integración impulsada por los ferrocarriles, muchas regiones del país permanecen aisladas de los circuitos comerciales, acentuándose las diferencias entre las grandes regiones del país: norte, centro y sur, que siguen desarrollos diferenciados.

A pesar de la gran importación de maquinaria y técnicas de producción modernas, la productividad del trabajador nacional está rezagada respecto a los países industrializados, y la producción industrial mexicana no es competitiva en el mercado internacional, ni en calidad ni en precios. El costo de los bienes de capital importados es alto y la industria mexicana no avanza en su producción, dependiendo del mercado externo y, muchas veces, de los capitales extranjeros para su importación, y de técnicos extranjeros para el adiestramiento de la clase obrera. Se carecía de un sistema financiero adecuado en el país, los bancos existentes no eran proclives a invertir en la industria en la medida en que ésta lo requería.³ También es evidente que, al término del Porfiriato, el país está unido en forma indisoluble a la economía norteamericana; curiosamente, la Revolución sólo mostrará con claridad y afianzará estos vínculos.

La Revolución Mexicana, en su fase armada, inicia la transformación de la sociedad mexicana y cambia la estructura del poder al permitir la consolidación de un Estado más moderno, que facilitará la llegada a reformas estructurales profundas y favorecerá la acumulación de capital. En las dos décadas siguientes, se establece un régimen corporativo y presidencialista, mientras el Estado adquiere un creciente control de los movimientos populares y crea un ambiente de seguri-

2. Los obreros mexicanos avanzaron en la organización laboral, como las organizaciones mutualistas y los Círculos Obreros; iniciaron formas de lucha como las huelgas y, a fines del Porfiriato, aumentaron las demandas de incremento salarial y mejores condiciones económicas.

3. En palabras de Haber: "El financiamiento de la industrialización recayó sobre una camarilla relativamente reducida de comerciantes —financieros, quienes, debido a sus antecedentes en el comercio y el préstamo de capitales, eran mucho más aptos para la manipulación del mercado y la política gubernamental que para la modernización de los métodos de producción o la innovación de los procesos (Haber, p. 1992)."

dad a la inversión privada, nacional y extranjera, impulsando la industrialización y modernización del país (Fujigaki, 1986).

Durante la Revolución, la historiografía ha señalado que la industria fue afectada en menor medida que los ferrocarriles, la agricultura o los bancos (Womack, 1992). Sin embargo, enfrentó una serie de obstáculos que detuvieron su avance; incluso hubo caída en la producción de ciertas empresas, que contrastaron con el auge de los años porfiristas. Entre los problemas estuvo la baja en "el abastecimiento de combustible y de materias primas, el aprovisionamiento de mano de obra y, por último, el desorden monetario" (Rajchenberg, 1997). El tránsito de la década no es fácil, pero la recuperación es más rápida que en otros sectores, con excepción del petrolero y minero, cuya demanda aumenta a raíz de la primera guerra mundial. La mayoría de los grandes y medianos establecimientos industriales logran llegar a los años '20, aunque ciertamente muchos cierran o quedan destruidos y otros tienen que suspender o disminuir sus actividades por largas temporadas.

De 1920 a 1940, el crecimiento industrial se diversifica con la aparición de nuevas industrias, la ampliación de los sectores empresariales y la incorporación de nuevas generaciones de obreros (Fujigaki, 1997). Estas décadas abarcan las etapas de reconstrucción e institucionalización, la crisis y depresión de 1929-1933 y la etapa de reformas estructurales cardenistas. Entre las industrias que surgen entonces están la automotriz en 1925, cuando la Ford establece la primera planta armadora de vehículos y, en general, el aumento del establecimiento de subsidiarias norteamericanas en nuevas ramas industriales, como la General Popo (1924), Colgate-Palmolive y Dupont (1925), Simmons (1927) y Sherwin Williams (1929). Simultáneamente, los antiguos y nuevos empresarios industriales y los extranjeros radicados en el país desde años anteriores, continúan realizando inversiones en las ramas tradicionales y en la siderurgia y minerales de productos metálicos, cemento y materias primas para la construcción (Gracida, 1994).

En la década del treinta, la economía mexicana acelera su proceso transformador: se supera el modelo de economía exportadora y ocurren una serie de cambios estructurales, en consonancia con el espíritu más revolucionario que animó el movimiento de la segunda década del siglo. La industria recibe el impulso de la Reforma Agraria Cardenista, de la nacionalización de los ferrocarriles (1937), la expropiación petrolera (1938), la promoción del desarrollo económico con políticas, instituciones (Banco de Crédito Ejidal, BANOBRAS, NAFINSA) y leyes (Ley de la Industria Eléctrica de 1938) para su fomento y el aumento de las inversiones públicas en la creación de la infraestructura necesaria para el crecimiento industrial. El empresario industrial se diversificará con la incorporación de personajes políticos quienes, al acumular capital por las facilidades que les dan sus puestos, lo invertirán en la industria⁴ y se sumaran a los viejos industriales porfiristas y a los nuevos que surgen entre 1920 y 1940.

4. Entre ellos están Álvaro Obregón, Plutarco Elías Calles, Aarón Sáenz y Abelardo Rodríguez, todos del "Grupo Sonora".

Así, “a partir de la década de los cuarenta en el país existían una serie de aspectos sobre los que se apoyaba el avance industrial, como eran la expansión demográfica y urbana, que, aun siendo lenta, era constante y favorecía la ampliación del mercado interno; la posibilidad de aumentar la producción de alimentos y materias primas en el sector agropecuario después de la reforma agraria cardenista, y las políticas estatales proteccionistas y de fomento a la industria, entre otros factores (Fujigaki, 1997)”.

Etapa de ascenso, 1940-1955

Mientras el programa nacionalista revolucionario empieza a brindar sus principales frutos, éste deja de ser considerado como objetivo estratégico con el ascenso de Manuel Ávila Camacho a la presidencia de la República. Es entonces cuando la reforma agraria, las nacionalizaciones y la organización popular se transforman en el sustento de un orden naciente, cuyo centro motor es el aumento de la riqueza nacional, a partir del impulso decidido a la iniciativa privada. El viraje, entre otras cosas, pone fin a lo que fue la única experiencia de crecimiento con distribución de la riqueza habida en la historia del siglo XX mexicano.

La artificiosa identificación de la nueva estrategia con una “era de vida abundante” (Ávila, 1944), y la segunda guerra mundial, ofrecen a los dirigentes de la economía una oportunidad excelente para desviar a las fuerzas sociales revitalizadas por el proceso cardenista, hacia el nuevo designio -hábilmente encubierto primero-, por la consigna de “unidad nacional para la defensa de la independencia y la soberanía” y, poco más tarde, por la consecución del destino industrial (Torres, 1984).

Puede anticiparse que en comparación con la siguiente etapa, es en ésta -tiempo en que tiene lugar el ascenso del proceso de industrialización y que culmina alrededor de mediados de los años cincuenta-, cuando México disfruta de un amplio margen de autonomía política y financiera para definir su rumbo (Cárdenas, 1996). En esencia, son las condiciones de la economía doméstica y la forma en que van resolviéndose los conflictos de intereses entre los agentes económicos internos los que dan cuenta de una evolución financiada casi exclusivamente con recursos domésticos, del liderazgo que asume el sector privado en el proceso de formación de capital y de la presencia creciente del Estado. Son ellas, también, las que explican la adopción de una estrategia industrial donde domina el impulso preferente a los bienes de consumo, el viraje proteccionista de la política comercial y la postura mexicana que lucha por el reconocimiento de la industrialización de las áreas atrasadas, como uno de los principios del reordenamiento internacional.

Durante la guerra y los primeros años de la posguerra, las restricciones y el desorden económicos prevaecientes hacen claramente perceptible, y materia de examen, la vulnerabilidad y dependencia de la economía con respecto a las naciones industrializadas, lo cual contribuye a propagar las ideas de diversificación e

industriales que, a partir de la crisis de 1929, vienen conformando en América Latina una línea de pensamiento propia.

Primero son los trabajadores organizados en la Confederación de Trabajadores de México quienes definen como objetivo histórico inmediato luchar por la transformación de la economía mediante la revolución industrial. En septiembre de 1944, es el Ejecutivo Federal quien reconoce en la industrialización "el medio más eficaz por excelencia para lograr el desenvolvimiento económico de México y la elevación del nivel de vida de su población". A principios de 1945, los empresarios pequeños y medianos agrupados en la Cámara Nacional de la Industria de Transformación se suman a esta visión. Los industriales aglutinados en la Confederación de Cámaras Industriales, lo hacen en 1946.

Es en este clima social que, en los eventos internacionales donde se debate sobre la reorganización económica de la posguerra, los representantes mexicanos, junto con el resto de las delegaciones de los países con un nivel similar de desarrollo, propugnan y obtienen que la industrialización de sus economías sea reconocida como uno de los principios del reordenamiento mundial. No fue una concesión por parte de las naciones avanzadas, sino el producto de la armonía de intereses que se estableció, bajo la meta compartida de crecimiento económico, entre los promotores de la industrialización y quienes pugnaban por el pleno empleo.

Regresando la mirada a esos años, no parece haber existido para México otra alternativa viable para superar su ancestral condición de atraso que la de una industrialización deliberada. La que sí se erigió desde un principio en una fuente de innumerables anomalías fue su concepción mecánica y ahistórica y el comportamiento social a ella coligado. Sus impulsores equipararon la industrialización con el predominio de la estructura manufacturera y tienen el convencimiento de que ésta, por sí misma, habrá de conducir a niveles elevados de crecimiento, empleo, distribución de la riqueza y autonomía económica. No toman en cuenta el "atraso relativo" del país ni la continua transformación temporal y espacial del capitalismo que, sin perjuicio de sus rasgos universales, significa la existencia de obstáculos y ventajas diferentes para cada una de las naciones.

Entre los promotores nacionales no existe además un acuerdo de cómo emprender el proceso y de qué estrategia seguir, aunque predomina entre los industriales y el gobierno la idea de promover un rápido desarrollo en el plazo más corto posible, acelerando la transformación de materias primas que se producen en el país en productos manufacturados. Ánimo pragmático y cortoplacista que influirá decisivamente en la orientación de la política industrial.

Siendo así, a fines de los cuarenta y principios de los cincuenta, acompañada de una política proteccionista,⁵ la sustitución de importaciones —que para ese

5. Esta es, en parte, la razón por la cual México modifica los instrumentos reguladores de su comercio exterior en 1947, 1948 y 1954: no aprueba la Carta de la Habana donde se incluyen un conjunto de reglas para imponer el predominio del libre comercio internacional, no se adhiere al Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio, GATT, y denun-

entonces prácticamente había agotado la fase sustitutiva de bienes de consumo inmediato— se transforma en el instrumento utilizado para promover la producción manufacturera. Una producción manufacturera que, entre 1940 y 1955, exhibe un señalado proceso diversificador y modernizador, en el cual sobresale el surgimiento del sector productor de bienes de capital, lo que permite reproducir internamente los dos agregados principales de la estructura productiva de la industria de transformación. No obstante su trascendencia, este hecho es insuficiente para revertir la naturaleza desproporcional del aparato productivo, el cual exhibe una exigua presencia (cuantitativa y técnica) del sector productor de maquinaria y equipo, la ausencia de una política de búsqueda de autodeterminación tecnológica y una elevada dependencia del sector agroexportador.⁶

Pero hasta finales del primer lustro de los cincuenta, y más tarde con una dinámica menor, el sector agrícola produce las divisas que este tipo de estructura económica exige. Al crecer a un ritmo superior al demográfico, además de satisfacer la demanda interna, contribuye a financiar las importaciones, mediante excedentes exportables. Se trata de un modelo agropecuario funcional al proceso de industrialización, cuyas bases son la reforma agraria, incorporación de nuevas superficies al cultivo e incremento de la productividad, resultado de vastas obras de riego y del uso de nuevas tecnologías e insumos.

Aún así, en 1956 por vez primera y en forma invariable a partir de entonces, el PIB generado por las manufacturas, 18.3%, supera al agrícola, 17%, con lo cual la industria de transformación pasa a desempeñarse como el eje del crecimiento nacional y de la inserción a la economía internacional.

Vista la base financiera de este crecimiento, otros dos importantes rasgos distintivos merecen destacarse. Primero, el dinámico comportamiento de la inversión nacional y el liderazgo que en su evolución asume la iniciativa privada, a partir del segundo lustro de la quinta década. Segundo, el hecho de que el financiamiento de la inversión total proviene, casi con exclusividad, de recursos internos.

El principal instrumento empleado por el gobierno para conseguir que la iniciativa privada se ponga al frente del desenvolvimiento económico y para hacer del sector industrial una actividad particularmente rentable es, sin duda, la política fiscal. Así lo exhiben la evolución del gasto público y la forma de financiamiento del déficit gubernamental. Las inversiones gubernamentales además de favorecer la rentabilidad de las actividades económicas del sector privado, por ejemplo

cia el Tratado Comercial México Norteamericano, suscrito a principios de la segunda guerra mundial.

6. En otras palabras, hay una ausencia de lo que Fernando Fajnzylber llama vocación industrializadora. Esta significa que los agentes internos, Estado y sector empresarial, conforman, aplican y regular la estrategia de industrialización, a partir del crecimiento preferente de un sector de medios de producción y su sustento científico-tecnológico, no obstante las limitantes que su escaso desarrollo y alto costo impliquen para la dinámica económica del país en el corto plazo (Fajnzylber, 1987).

mediante el expediente de abaratar la infraestructura y los energéticos, también tienen como objetivo suplir a los particulares en aquellos campos donde se requieren inversiones iniciales muy elevadas o sus rendimientos inmediatos son poco atractivos.

Desde la segunda mitad de la década del treinta, conforme se fortalece la determinación pública de contribuir activamente a la formación de capital y, en general, mantener una práctica expansiva favorable al crecimiento económico, se consolida, también, el abandono de la política ortodoxa de presupuesto equilibrado. Desde el punto de vista del financiamiento de los gastos públicos, la renuncia a ejercer una política tributaria acorde a su expansión implica mantener un déficit presupuestal crónico y un creciente endeudamiento público interno en estos años.

Hacia 1952, sin embargo, la marcha de la economía, a pesar de su crecimiento anual de 6%, presenta serias dificultades; señaladamente un creciente proceso inflacionario, importantes desequilibrios sectoriales; el deterioro de la agricultura; el incremento de las utilidades a un ritmo muy superior al de las inversiones productivas; la distribución desigual del ingreso y el tamaño restringido del mercado interno (Ruiz Cortines, 1952). Un intento público por corregir estos problemas incidiendo en su asiento productivo no prospera porque el desacuerdo de los empresarios, exhibido en la caída de sus inversiones, viene a profundizar la crisis económica que el fin de la guerra de Corea había provocado.

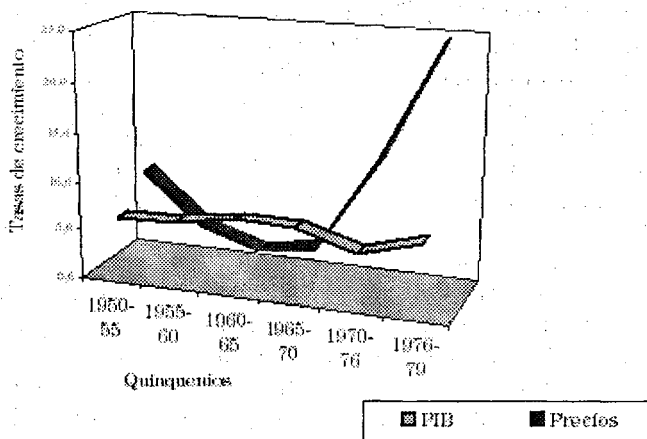
Etapa de auge, 1955-1970

El gobierno desanda entonces el camino recorrido y, con la devaluación de 1954, vira hacia una nueva estrategia que será conocida como de desarrollo estabilizador. Esta se fundamenta en la filosofía económica, según la cual la estabilidad es una condición necesaria para lograr un crecimiento económico sostenido de largo plazo. De tal forma, precios estables y tipo de cambio fijo pasan a constituirse en los objetivos principales de la política económica de los años siguientes.

Durante este tiempo, el proceso industrial vive sus años de auge. La evolución es animada por los efectos más fructíferos de la política del desarrollo estabilizador y por las oportunidades comerciales, de inversión, absorción tecnológica y de captación de ahorro externo existentes en las postrimerías de "Los años Dorados" del capitalismo mundial (Maddison, 1986; Hobsbawm, 1996). Son años en que el PIB crece a una tasa media anual de 7.1%, la tasa de inflación se eleva en tan sólo 2.4% y el tipo de cambio permanece fijo en 12.50 pesos por dólar. Es decir, la economía alcanza entonces crecimiento con estabilidad; binomio que no se había conseguido antes y que aún hoy no ha vuelto a lograrse.

Gráfico 2

Crecimiento e Inflación



Fuente: Anexo Estadístico, cuadro 2.

Pero es también en esta etapa cuando los desequilibrios productivos –que apenas empiezan a manifestarse en el ámbito comercial y, aún más lentamente, en el ámbito financiero, algunos de los cuales pueden imputarse al carácter tardío del proceso industrial– se transforman en estructurales debido a que son interpretados como signos de expansión, de naturaleza temporal o bien la gestión estatal pierde la voluntad de modificarlos.⁷

La estrategia estabilizadora no se propone corregir el desequilibrio de precios y del tipo de cambio en las distorsiones estructurales de la organización productiva y fiscal en donde éstos tienen su origen, sino sujetar su expresión en el ámbito monetario y financiero. Simplificando, puede afirmarse que la parte medular de la política estabilizadora consiste en dejar de utilizar para el financiamiento de los principales desequilibrios recursos de naturaleza inflacionaria –ahorro forzoso y emisión de moneda–, para emplear en su lugar endeudamiento interno y externo (Gracida, 2002). Desde entonces, éste empieza a dejar de ser complementario para convertirse, con el transcurrir del tiempo, en un factor indispensable para la operación del sistema.

7. Un ejemplo del primer caso lo brinda la interpretación que se da al desequilibrio comercial, el segundo lo ejemplifica el bajo índice de recaudación tributaria y el tercero se corresponde con el mantenimiento de la naturaleza desequilibrada de la estructura productiva.

El endeudamiento público, interno y externo, es la principal herramienta que se emplea con el fin de amortiguar las presiones inflacionarias, sin que disminuya significativamente el gasto público, crezca la oferta monetaria o se modifiquen, a profundidad, la estructura y los niveles impositivos, catalogados entre los más bajos del mundo (Ortiz, 1956).⁸ La ampliación del déficit público no es ajena al funcionamiento de las herramientas utilizadas para promover la generación del ahorro voluntario privado y su reinversión. El sacrificio en la recaudación impositiva, el sostenimiento de precios bajos de los bienes y servicios de origen estatal y la concesión de exenciones y subsidios inciden negativamente en el aumento de los ingresos públicos. A la vez, un mayor gasto exige la atención a las demandas sociales, las cuales se elevan, conforme se refuerza la naturaleza inequitativa del crecimiento.

Al endeudamiento externo recurre México también para allegarse recursos adicionales, con el fin de sufragar el crónico déficit del intercambio de mercancías y mantener la paridad monetaria, sin tener que restringir sus importaciones o modificar el volumen y composición de sus exportaciones. Pero, la base profunda del desequilibrio externo proviene de un restringido y declinante sector exportador y de una estructura industrial necesitada del aumento continuo de las importaciones de bienes intermedios y de capital, pero no apta para generar las divisas requeridas a esa forma de funcionamiento.⁹

En efecto, el modelo agrícola funcional a la agricultura que había proveído de divisas en la etapa anterior, empieza ahora a mostrar síntomas de agotamiento, conforme pierden energía las bases que lo alimentaron. A ello se suma la menor expansión de la balanza de servicios, donde el costo de importar capital —pago de remesas por concepto de la inversión extranjera y servicio de la deuda— se ha convertido en una presión adicional. Para 1970 el 40% de los requerimientos de divisas tienen este origen, en tanto México ocupa el cuarto lugar entre las economías más endeudadas del mundo.

Comparativamente, una tendencia contradictoria se observa en la industria de transformación. A todo lo largo del período, en particular entre 1960 y 1970, la expansión de las manufacturas, 8.9%, aventaja a la del conjunto de la economía,

8. La reducida gravación fiscal que había sido considerada como una medida transitoria de aliento a la inversión, viene a constituirse ahora en uno de los puntales más firmes, pero también más delicados, de la compleja relación Estado-iniciativa privada. Un autor, al valorar la irrupción del crédito privado en el financiamiento del déficit público, afirma que su modesta contribución es el costo que la banca privada estuvo dispuesta a pagar a cambio del compromiso de las autoridades de la Secretaría de Hacienda de no llevar a cabo una reforma tributaria (Fitzgerald, 1983).

9. Una planta productiva con las características de la mexicana: costosa, en cuanto a su adquisición, instalación y mantenimiento, y con capacidad inadecuada a las necesidades, extensión y dotación de factores productivos del mercado doméstico, tiene altos costos unitarios y una producción poco competitiva.

7%, y simultáneamente consolida su predominio al interior de la estructura productiva, al contribuir a la generación del producto, en casi 23% hacia 1970.

Lo anterior indica que el sector manufacturero, luego del decaimiento de su dinámica entre 1950 y 1955, logró acceder a una nueva fase de crecimiento. El esquema adoptado —acorde con los estímulos que ofrece un mercado altamente protegido, la expansión productiva previa y la concentración del ingreso—, vino a privilegiar la producción de los artículos de consumo duradero y algunos renglones de bienes intermedios y de capital, vinculados con su producción. En consecuencia, todavía a finales de los años sesenta, la estructura productiva de la industria de transformación conserva su carácter de productora preferente de bienes de consumo, alcanzando una cifra de 44%.

La política comercial orientada a promover la expansión industrial, no sólo afianza este desenvolvimiento, sino que propicia también que sea en estos años cuando la política proteccionista consolide un carácter indiscriminado y alcance altos niveles.

Simultáneamente, y reforzando la profundización del desequilibrio intrasectorial, los más altos niveles de capital y tecnológicos requeridos por la segunda fase del proceso industrial, promueven tres fenómenos estrechamente vinculados: la creciente concentración de la industria, el descenso en el ritmo de creación de empleos y una mayor presencia del capital extranjero. Los inversionistas foráneos, bajo el liderazgo de las trasnacionales, ante la ausencia de una política normativa interna, transfieren al mercado doméstico las principales tendencias predominantes en el desarrollo productivo de su propio país: alto grado de concentración de la estructura industrial, uso de tecnología intensiva en capital y el crecimiento y diferenciación de los productos de consumo durable.¹⁰

Desde otra perspectiva, el aumento continuo de una fuerza de trabajo desempleada o subempleada propicia que, pese a su alza, los salarios permanezcan en niveles insuficientes para responder a la mayor producción industrial. Siendo así, en las postrimerías del decenio de los sesenta, tienden a crecer los márgenes de capacidad ociosa y a disminuir el ritmo de ampliación de la inversión bruta fija, particularmente la privada.

Paradójicamente entonces, el éxito del desarrollo estabilizador fue, en parte, el fruto de la profundización de los desequilibrios financieros y productivos, así como de la disminución de la capacidad financiera del Estado. Esta forma de funcionamiento, principalmente su permanencia temporal más allá de lo que su propia lógica lo hubiera admitido, sólo fue posible porque el esquema armoniza con el curso de la economía internacional. A diferencia de la etapa previa, y de la subsiguiente, en estos años el país no hubo de resentir choques externos negativos de

10. De esta suerte, en 1970, mientras los bienes de consumo durable registran el mayor índice de concentración, 53%, las empresas trasnacionales, gracias a su superioridad tecnológica, comercial y financiera, controlan el 62% de la producción total (Fajnzylber, *Empresas*, p. 355).

gran magnitud y sí logró beneficiarse de la vigorosa y estable ola expansiva capitalista mundial cuyo dinamismo, especialmente en los sesenta, no tiene precedentes.

Pero el esquema no podía sostenerse indefinidamente. Por el contrario, su existencia en el tiempo estaba determinada por su fragilidad estructural y por las mutaciones del sistema capitalista. En estas circunstancias, a partir de 1965 la actividad económica empieza a crecer con mayor lentitud, la prestigiosa estabilidad de precios comienza a desvanecerse y la paridad monetaria padece los embates de la creciente fragilidad del sector externo.

Por otra parte, el sistema social y político muestra también signos de debilidad. Desde esta perspectiva, el movimiento estudiantil mexicano de 1968, exhibe la erosión e inflexibilidad del cuerpo socio-político estatal para dar respuesta a los intereses y a los reclamos de los sectores que han surgido, o se han vigorizado a partir del mismo proceso de modernización económica. Los enfrentamientos entre el Estado y los empresarios durante la década siguiente, tienen parte de sus raíces en este fenómeno.

Etapa de crisis y agotamiento, 1970-1982

El hecho es que, en el cambio de década, el deterioro económico y el desgaste de los instrumentos tradicionales de sujeción ideológica y política colocan en el centro de la reflexión la pertinencia de la estrategia hasta entonces seguida. Por lo regular a los años setenta, más precisamente hasta 1982, se les ha calificado como el tiempo durante el cual el predominio de una política populista llevó al país a perder todos los beneficios del desarrollo estabilizador y condujo a la economía a la crisis de la deuda de 1982. Sin embargo, desde la perspectiva de esta reconstrucción del siglo XX mexicano, tal caracterización se revela como una visión parcialmente doctrinaria y uniformizante del período, que impide comprender su significado profundo en el devenir histórico del país.

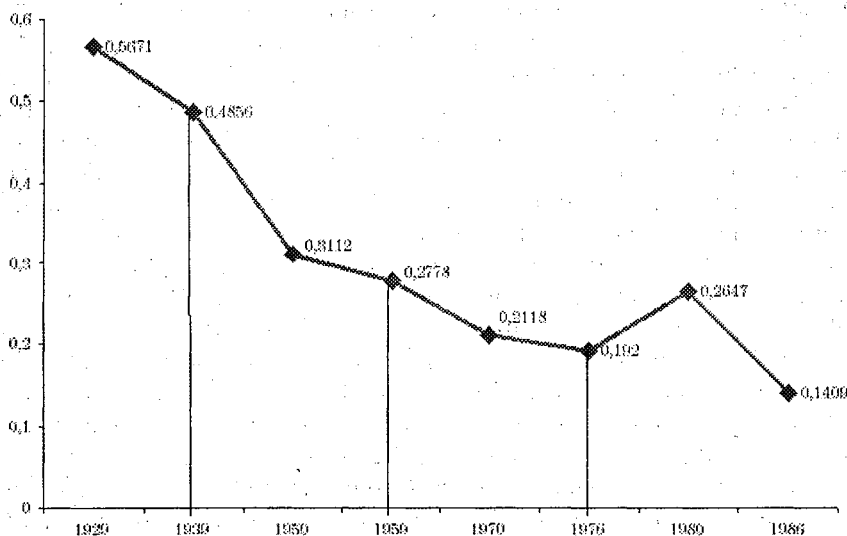
Desde esta perspectiva, se puede hablar de una etapa en donde, mediante crisis sucesivas, se expresa el agotamiento de la modalidad de acumulación adoptada para acceder al capitalismo industrial. Visualizados globalmente e integrados, como aspectos particulares de un mismo proceso, hacia tal interpretación apuntan el agotamiento de la estrategia de sustitución de importaciones, los niveles de estrangulamiento externo y, particularmente, la actuación estatal acotada por la denominada disputa por la nación.

Como desde décadas atrás podía anticiparse, una visión estrecha que identifica expansión manufacturera con industrialización del país, ha conducido a la sociedad a sufrir el gran desencanto de ver cómo no se ha logrado dar el salto tecnológico, romper la desproporcionalidad de la estructura productiva ni mantener un crecimiento sostenido con distribución del ingreso y autonomía económica.

En realidad, como antes se anotó, la desaceleración de la economía y la paulatina pérdida de la estabilidad son fenómenos que se inician hacia mediados de los

Gráfico 3

Índice de sustitución de importaciones, 1929-1986



Fuente: Anexo Estadístico, cuadro 3.

sesenta. Pese a ello, y probablemente influidos por la expansión económica disfrutada durante varias décadas, los responsables de la dirección del país no logran reconocer en esta dinámica -y en la inestabilidad comercial y financiera de que va siendo presa la economía internacional-, el aviso de que el papel transformador del esquema industrial mexicano ha concluido, de que grandes mutaciones en el mundo están a punto de acontecer y de que es el momento de replantearse la senda de crecimiento del país.

Siendo así, la estrategia del gobierno que se inicia en 1970, no abandona la lógica del programa de los años previos, busca en cambio tratar de contrarrestar los crecientes desequilibrios a él asociados: la concentración de los frutos del crecimiento, el desequilibrio sectorial y regional, la dependencia de las finanzas públicas respecto al endeudamiento interno y externo, y la naturaleza desequilibrada y dependiente de las transacciones económicas internacionales del país (BANCO-MEX, Política, p. 10).

Del mismo modo, la estrategia supedita la consecución de estos objetivos al restablecimiento de la estabilidad de precios y cambiaría, mediante el empleo de mecanismos contraccionistas tradicionales. Precisamente, esta ratificación de las líneas generales del programa anterior, hace que a la etapa se la evoque como de desarrollo estabilizador vergonzante.

Adicionalmente, algunas de las metas reformistas van siendo dejadas de lado, conforme avanza el sexenio; por sus consecuencias, quizá ninguna tan determinante como la referida a la renuncia de realizar la reforma fiscal que pudiera brindar al gobierno la capacidad financiera que requería para llevar adelante su programa. Esto sucede hacia 1972, luego de prolongados encuentros donde los empresarios amenazan con sacar sus capitales del país. Como menciona un autor, si el gobierno de Luis Echeverría hubiera hecho las reformas fiscales que aportarían los fondos para distribuir la riqueza y agrandar el Estado en lugar de gastar recursos que en realidad no tenía, tendríamos una discusión acerca de la ideología (tener un Estado grande frente a otro pequeño) y no respecto al populismo.

Mientras tanto, la marcha de la economía se adentra por el camino de freno y arranque; tratando de conseguir, cada vez con menores posibilidades, un crecimiento económico estable y con distribución de la riqueza. Este contradictorio proceder, además de pretender enfrentar la incesante mutación de las coyunturas mundial e interna, revela una discrepancia de primordial trascendencia que viene desplegándose en el país con desusada energía. Es el enfrentamiento de dos corrientes del pensamiento económico, cuyas discrepancias en temas particulares van conformando lo que serán dos programas excluyentes de nación.

Uno, autodenominado nacionalista, reivindica la vigencia de los principios de la Revolución Mexicana y del pacto social cardenista como bases para alcanzar un mayor progreso político, social y económico, así como la distribución de sus frutos. Otro, el neoliberal, acorde con la reestructuración económica que asoma en el mundo en aras de la integración de regiones y la globalización promovidas por las empresas y los capitales financieros trasnacionales (Tello y Cordera, 1989).

En el diseño e instrumentación de la política económica, la llamada "disputa por la nación" se manifiesta en una permanente polémica en el seno del gobierno. Esta se centraliza alrededor de la forma de enfrentar los desequilibrios económicos estructurales y las circunstancias desfavorables de la coyuntura económica: los funcionarios del área financiera, y la mayoría de la cúpula del sector empresarial, promueven la contracción económica; los promotores del proyecto reformista, su crecimiento (Tello, 1979).

En este contexto, hacia 1974, en tanto la economía disminuye el ritmo de crecimiento, sus principales desequilibrios alcanzan niveles de gran profundidad. Un nuevo fenómeno se ha hecho presente en México y en el mundo; recesión con inflación. A él, sin duda, contribuye el excepcional aumento y diversificación de las fuentes de liquidez internacional, asentada en los petrodólares.

Los nuevos incentivos de la oferta crediticia exterior son para el gobierno mexicano una opción oportuna ante el dilema en que se encuentra. Renuncia a lo que queda de su programa reformista, aprisionando su actuación a los márgenes de su limitado ahorro interno, o recurre al mayor endeudamiento externo. La opción finalmente favorecida se observa en el impresionante aumento de la deuda pública exterior, la cual casi se triplica entre 1973 y 1976. Mediante esta decisión, la gestión gubernamental renuncia también a dos de sus objetivos iniciales: unas

finanzas públicas “menos dependientes del endeudamiento” y una “situación menos desequilibrada y dependiente” respecto al exterior.¹¹

Por lo pronto, el 31 de agosto del mismo 1976, el secretario de Hacienda informa la decisión del gobierno de abandonar el tipo de cambio de 12.50 pesos por dólar y dejar la moneda en flotación. De esta manera, después de veintidós años —durante los cuales los dirigentes del país se han envanecido del milagro mexicano—, la fragilidad y vulnerabilidad del sector externo termina por imponerse a la estabilidad artificialmente conseguida.

Unos meses más tarde, cuando José López Portillo protesta siendo el nuevo presidente de México, por vez primera se menciona la posibilidad de que el petróleo pueda desempeñarse como fuente principal de financiamiento para el desarrollo. Pero como por el momento las reservas petroleras están “enterradas a grandes profundidades” (López, 1988), y las oportunidades de obtener nuevos créditos externos son limitadas, el gobierno ratifica el convenio suscrito por la gestión precedente con el FMI, a raíz de la devaluación. Los objetivos principales del programa son los de estabilizar la economía y combatir la inflación, el déficit público y el saldo negativo en las cuentas externas. Esto es, corregir los mismos desequilibrios que el programa de Echeverría se había propuesto contrarrestar y que por la crisis nacional y mundial, así como por la ineficacia e inconsistencia de la política económica practicada, son ahora más profundos.

Pero, hacia 1978 —con la promesa de que debemos acostumbrarnos a administrar la abundancia—, empieza a aplicarse una nueva estrategia económica, una vez que se confirma la potencialidad petrolera de la nación y se reabre el acceso de nuestro país a créditos extranjeros. Sin embargo, la gran oportunidad que brindan los nuevos recursos para emprender la reorganización del sistema en condiciones favorables, agotado el ciclo de expansión industrial de la posguerra, se dilapida. El nuevo esquema estima que los recursos derivados de la explotación de los hidrocarburos son la solución a la histórica carencia financiera padecida por la economía mexicana y que vuelven innecesario modificar sustancialmente la organización económica del país.

Esta estrategia no tomará en cuenta la propuesta programática plasmada en el Plan de Desarrollo Industrial, el cual reconoce la extenuación del esquema de crecimiento hasta entonces seguido y, en particular, del proceso industrial que no puede avanzar en la sustitución de bienes de capital, por razones financieras, tecnológicas y de mercado y cuya presencia en la estructura productiva sigue siendo muy precaria. En su lugar, afirma, debe pasarse a una nueva estrategia para transformar a México en una economía exportadora de manufacturas, aunque sin abandonar totalmente la sustitución de importaciones. De acuerdo con esta visión, las ganancias provenientes de la venta de petróleo serían utilizadas, ante

11. Por añadidura, el nivel de descapitalización que significa el servicio de la deuda, llega a proporciones nunca antes vistas. En 1976, la mitad de los nuevos créditos se destinan al pago de amortizaciones e intereses, absorbiendo estos últimos alrededor del 40%.

todo, para financiar las compras externas indispensables para el progreso industrial, con privilegio del sector de maquinaria y equipo.

Por lo pronto, en medio de un auge que resultará breve y malogrado, la economía del país se coloca en un punto en que la continuidad del crecimiento depende del proceder de los mercados financieros internacionales y casi de un sólo producto: el petróleo. Una perturbación desfavorable en su desempeño es capaz de demoler la engañosa prosperidad alcanzada. No otra cosa sucede cuando a mediados de 1979 Estados Unidos adopta una política monetaria restrictiva y, en 1981, sobreviene la caída de los precios del hidrocarburo. En general, la respuesta gubernamental a la nueva situación se distingue por ser extremadamente lenta. La explicación dada años más tarde por José López Portillo pone en relieve el sometimiento que las medidas económicas padecen frente a las urgencias políticas. Frente al triunfo electoral de Miguel de la Madrid, afirma, la semipasividad y la posposición de imprescindibles disposiciones en la política económica valieron la pena (López, 1978).

Como sea, ante la ineficacia de la gestión monetaria tradicional, el 1° de septiembre de 1982, durante su último informe de gobierno, José López Portillo anuncia la nacionalización de la banca y la adopción del sistema de control de cambios. De algún modo, esta resolución es un triunfo efímero de la corriente que se opone a la estrategia liberalizadora representada por Miguel de la Madrid.

Siendo así, el nuevo gobierno ratifica de Carta de Intención acordada con el FMI, en donde se compromete a instrumentar una política de austeridad. Simultáneamente, impulsa una estrategia de largo plazo de cambio estructural que da continuidad a la liberalización gradual iniciada en el sexenio anterior, uno de cuyos objetivos es arribar a un nuevo esquema de crecimiento fundamentado en la industrialización orientada a las exportaciones. Este proceso se profundizará cuando, ante el fracaso de la política macroeconómica aplicada, ésta cambie significativamente, con el Pacto de Solidaridad Económica de 1987, hacia una estrategia liberalizadora acelerada. Con ella, el proceso industrial deja de ser considerado como un objetivo central del quehacer estatal y pasa a ser reputado como un subproducto del progreso macroeconómico. Adicionalmente, "la apertura económica y la exposición de la industria a la competencia internacional, son reflejadas en el rompimiento de las cadenas productivas internas y la formación de sectores exportadores total o parcialmente desvinculados de la red productiva nacional. En síntesis, se trata de una nueva estructura industrial vinculada a cadenas internacionales de producción, en la denominada era de la globalización" (Mendoza, 2005).

De esta forma, cuando México se adentra de lleno en el proceso de reorganización económica buscando no sólo la superación de la crisis sino de nueva cuenta su ancestral atraso, sus dirigentes lo hacen convencidos de que la recuperación de los principios liberales del siglo XIX son la pauta de la modernización del siglo XXI.

Conclusiones

En este largo proceso histórico; brevemente reseñado, el país ha adquirido una serie de experiencias a nivel social y económico; se ha adentrado por la senda del industrialismo; ha cambiado su fisonomía, de primaria y rural a otra urbano-industrial, ampliado su estructura económica y su capacidad de generar riqueza; en una acción sinérgica, los distintos ámbitos de la producción, la sociedad y el Estado han arribado a una etapa histórica totalmente distinta, en la mayoría de sus aspectos, de aquella de la cual partieron. Junto a los desencantos que ha dejado esta historia, también existen logros. Sin embargo, la nueva situación a partir de los años ochenta del siglo XX es ominosa para la mayoría de los mexicanos.

Los interrogantes respecto al futuro son difíciles de enunciar y contestar. ¿Nos estamos desindustrializando? ¿Nuestro destino es ser un país maquilador y sendero de paso de las mercancías de otros países hacia el vecino del norte o acaso pasivos dependientes de la recepción de remesas de la creciente población emigrante? ¿Nunca daremos el salto para alcanzar el nivel tecnológico y de productividad que necesitamos? Y también respecto al pasado surgen dudas: ¿fue, acaso, la búsqueda del desarrollo industrial un espejismo producto del deslumbramiento provocado por los logros de los grandes países centrales? ¿Por qué se eligió el camino de la industrialización? y ¿por qué no se logró plenamente la ansiada transformación económica?

En relación a las tres últimas cuestiones, para el caso de México vimos que fue fruto del propio desarrollo económico y, en determinado momento, una vía deliberadamente elegida por el Estado y los empresarios nacionales e, incluso, por el capital extranjero. Se impuso, pero también fue aceptada por buena parte de la población. Fue un proceso complejo, difícil e inconcluso porque fue iniciado tarde y con pocas condiciones favorables comparadas con las que tuvieron los grandes países industrializados. El atraso no fue sólo en el tiempo sino también en los recursos (de capital, tecnológicos, de mercado, humanos, financieros).

Son las condiciones reales (objetivas y subjetivas, nacionales e internacionales) las que nos explican los alcances y límites de este proceso. Así, el empresario será más o menos nacionalista de acuerdo a sus intereses y a la coyuntura de que se trate; el Estado apoyará o frenará el proceso según los grupos de poder que represente y defienda o las presiones a las que esté sometido. Los mercados, interno y externo, se acoplarán y darán impulso a este crecimiento o lo frenarán de acuerdo a circunstancias cambiantes y no siempre bien comprendidas.

Hacia delante, creemos que existen varios caminos posibles, aunque las instituciones del mundo de la globalidad capitalista, la clase gobernante nativa y la intelectualidad a su servicio, nos señalen que nuestro destino es dejarnos llevar por el "poder hegemónico unipolar" estadounidense y el de las grandes empresas monopólicas multinacionales.

Si algo nos enseña esta historia es que siempre hay alternativas. En el avance humano, cuando un camino se cierra se abren otros y en la actual coyuntura tenemos que elegir una senda distinta para sobrevivir como nación. Sin olvidar la

importancia de las relaciones internacionales tenemos que volver la mirada al mercado interno como fuente real de nuestro crecimiento. Resalta, también, la necesidad de una reforma fiscal profunda que redistribuya la riqueza, de aprovechar la biodiversidad del país para crear nuevas áreas tecnológicas y productivas por y para los mexicanos, lo que significa relanzar a la agricultura para avanzar en la soberanía alimentaria y fomentar una agroindustria fuera de las grandes transnacionales de alimentos. Asimismo, no debemos olvidar la importancia de la ciencia y la técnica y la necesaria formación de cuadros profesionales –base de las transformaciones en la productividad–, sustentado en un mayor nivel educativo de la población que implica, necesariamente, mejores condiciones de vida.

Un investigador, exiliado español, José Miranda, quien llegó a México en 1943, escribió un libro donde analiza la obra de Alejandro de Humboldt, *El Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, y señala que en ella se muestra “un grande y complejo país, en sus principales aspectos, conforme a los dictados de la ciencia contemporánea”.¹² La colonia era dueña de enormes riquezas pero también, apunta el propio Humboldt, “México es el país de la desigualdad”. Dos siglos después ambas afirmaciones siguen siendo ciertas; tal vez necesitemos retomar el sendero del genial explorador alemán: reconocernos para poder actuar en las nuevas circunstancias.

Bibliografía

- Blanco, Mónica y Ma. Eugenia Romero Sotelo (1997), “Cambio tecnológico e industrialización: la manufactura mexicana durante el porfiriato (1877-1911)” en M. E. Romero S. (coord.), *La industria mexicana y su historia, Siglos XVIII, XIX y XX*, México, Facultad de Economía, DGAPA, UNAM.
- Marc Bloch (1996), *Apología para la historia o el oficio de historiador*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Ávila, Manuel (1956), “Discurso pronunciado por Manuel Ávila Camacho el 1º de septiembre de 1944 ante el Congreso de la Unión, *Los Presidentes de México ante la Nación*, México, Imprenta de la Cámara de Diputados, Vol. IV.
- Cárdenas, Enrique (1996), *La política económica en México, 1950-1994*, México, Fondo de Cultura Económica-Colegio de México.
- Cerutti, Mario (1992), “Monterrey y su ámbito regional (1859-1910)” en *Burguesía, Capitales e Industria en el Norte de México*, México, Alianza Editorial-UNAL.
- Collado, María del Carmen (1987), “El emporio Braniff y su participación política, 1865-1920” en *La Burguesía Mexicana*, México, Siglo XXI.
- Fajnzylber, Fernando y Trinidad Martínez (1980), *Las empresas transnacionales*, México, Fondo de Cultura Económica.

12. José Miranda, 1995, p. 119.

- Fajnzylber, Fernando (1987), *La industrialización trunca de América Latina*, México, Nueva Imagen.
- Fitzgerald, E. (1983), "El déficit presupuestal y el financiamiento de la inversión: una nota sobre la acumulación de capital en México" en Cordera, Rolando (selección), *Desarrollo y crisis de la economía mexicana*, Lecturas de El Trimestre Económico, 39, México, Fondo de Cultura Económica.
- Fujigaki Cruz, Esperanza (1997), "El proceso de industrialización en México (1830-1930). Una revisión historiográfica", *Documento de Trabajo*, México, Facultad de Economía, UNAM.
- Fujigaki Cruz, Esperanza (1997), "Periplo Industrial: 1940-1960. Una ojeada al surgimiento de algunas ramas", en M. E. Romero S. (coord.), *La industria mexicana y su historia, Siglos XVIII, XIX y XX*, México, Facultad de Economía, DGAPA, UNAM.
- Fujigaki, Esperanza (1986), *Industrialización y monopolios. México, 1940-1975, Tesis de Maestría*, México, Facultad de Economía, UNAM.
- Gracida, Elsa (1994), *El programa industrial de la revolución*, México, Instituto de Investigaciones Económicas-Facultad de Economía, UNAM.
- Gracida, Elsa (2002), *El siglo XX mexicano. Un capítulo de su historia, 1940-1982*, México, DGAPA-Facultad de Economía, UNAM.
- Haber, Stephen H. (1992), *Industria y Subdesarrollo*, México, Alianza Editorial.
- Hobsbawm, Eric (1989), *Third World Development and Historical Perspective*, for Social Theory and Comparative History, Colloquium Series.
- López Portillo, José (1988), *Mis Tiempos*, México, Fernández Editores.
- Maddison, Angus (1986), *Las fases del desarrollo capitalista*, El Colegio de México, México, Fondo de Cultura Económica.
- Marichal, Carlos y Cerutti, Mario (1997), *Historia de las grandes empresas en México, 1850-1930*, México, Fondo de Cultura Económica-Universidad Autónoma de Nuevo León.
- Mendoza, Humberto (2005), "La industria manufacturera de México, 1930-2004. Comportamiento de sus principales características", *Proyecto de Doctorado*, Posgrado en Economía, UNAM.
- Monsiváis, Carlos (1997), *Amor Perdido*, México, ERA.
- Rajchenberg, Enrique (1997), "La industria durante la Revolución Mexicana" en M. E. Romero S. (coord.), *La industria mexicana y su historia, Siglos XVIII, XIX y XX*, México, Facultad de Economía, DGAPA, UNAM.
- Rosenzweig, Fernando, (1965), "El desarrollo económico de México de 1877 a 1911", en *El Trimestre Económico*, XXXII, no. 3, 127, México, Julio-septiembre.
- Semo, Enrique (1978), *Historia mexicana. Economía y lucha de clases*, México, ERA.
- Tello, Carlos (1979), *La política económica en México, 1907-1976*, México, Siglo XXI.
- Tello, Carlos y Rolando Cordera (1981), *La disputa de la nación*, México, Siglo XXI.

- Torres, Blanca (1984), "Hacia la utopía industrial", en *Historia de la Revolución Mexicana 1940-1952*, t. 21, COLMEX, México.
- Wasserman, Mark (1973), "Oligarquía e intereses extranjeros en Chihuahua durante el Porfiriato", *Revista Historia Mexicana*, México, Colegio de México, Vol. XXII, Núm. 3, enero-marzo.
- Womack, John (1992), "La economía en la Revolución (1910-1920). Historiografía y análisis", en E. Cárdenas (compilador), *Historia Económica de México*, México, Lecturas de El Trimestre Económico, Fondo de Cultura Económica, (Revista *Nexos*, 1978, *Revista Argumentos*, 1987).

Anexo estadístico

Cuadro 1

Producto Interno Bruto
Tasas de crecimiento medio anual

Quinquenios	PIB	Agropecuario	Manufacturas	Servicios
1895-1899	2.78	-0.20	11.20	4.42
1900-1904	2.68	1.73	2.95	2.83
1905-1909	1.49	0.90	2.44	1.05
1910-1921	0.67	0.01	-0.86	-0.50
1922-1924	1.75	0.15	-3.65	0.28
1925-1929	-0.67	-1.79	5.19	1.42
1930-1934	1.09	6.25	0.11	-0.82
1935-1939	4.55	4.07	6.99	4.58
1940-1944	6.78	5.91	7.60	8.56
1945-1949	4.90	6.74	6.09	4.47
1950-1954	5.43	4.57	5.81	5.43
1955-1959	5.67	2.24	8.02	5.58
1960-1964	7.28	4.58	9.07	7.59
1965-1969	6.91	9.30	8.61	7.19
1970-1974	6.78	3.24	8.13	7.42
1975-1979	6.24	3.03	7.21	6.53
1980-1984	1.78	2.17	0.05	0.97
1985-1989	0.59	-2.39	1.91	0.05
1990-1994	5.49	3.46	5.63	6.12
1995-1997	5.13	5.05	21.77	15.72

Fuente: A partir de Solís, Leopoldo. *La realidad económica mexicana: retrovisión y perspectivas*, México, Siglo XXI, pp. 79-81

Cuadro 2

Crecimiento e inflación, 1950-1960*
(Tasas de crecimiento)

Año	PIB	Precios al mayoreo	Costo de la vida obrera
1950		9.35	6.06
1951	7.73	24.00	12.62
1952	3.97	3.67	14.50
1953	0.29	-1.93	-1.75
1954	9.99	9.41	4.82
1955	8.50	13.60	16.00
1956	6.84	4.40	4.83
1957	7.57	4.55	5.84
1958	3.76	4.44	11.50
1959	4.54	1.16	2.44
1960	8.12	4.96	4.90
1961	4.93	0.95	1.69
1962	4.67	1.80	1.15
1963	7.99	0.57	0.63
1964	11.13	4.22	2.19
1965	7.02	1.89	3.68
1966	6.93	1.26	4.26
1967	6.27	2.88	2.89
1968	8.14	1.91	1.49
1969	6.32	2.56	3.04
1970	6.90	5.96	5.96
1971	3.44	3.70	3.20
1972	7.27	2.89	6.40
1973	7.60	15.65	16.58
1974	5.90	22.53	32.81
1975	4.08	10.52	14.24
1976	2.13	22.26	14.37
1977	3.26	41.16	31.92
1978	7.29	15.78	18.19
1979	7.99	18.30	22.93

* Precios de 1960

Fuente: Elaboración propia a partir de *La economía mexicana en cifras*, México, Nafinsa, 1982, cuadros 2.2 y 6.3.

Cuadro 3

Sustitución de Importaciones, ISI

Año	ISI Manufacturero
1929	0.5671
1939	0.4856
1950	0.3112
1959	0.2778
1970	0.2118
1976	0.1920
1980	0.2647
1986	0.1409

Fuente: Villarreal, René (1988), *México, 2010*, Diana, México.

RESUMEN

Este trabajo se propone como objetivo mostrar cómo desde la perspectiva de la historia económica el proceso de industrialización se desempeña como el fenómeno que centraliza las profundas transformaciones económicas y sociales de la sociedad mexicana en el siglo XX.

En una primera fase, que va de la última década del siglo XIX hasta fines de los años treinta del siglo XX, el proceso de industrialización se despliega como producto del propio desarrollo capitalista experimentado por el país; mientras que en su segunda fase, entre fines de los años treinta hasta mediados de los ochenta, se convierte en el gran proyecto nacional mediante el que presuponen los agentes económicos, México habrá de abandonar su condición de nación atrasada. La industrialización de la sociedad mexicana es el fenómeno articulador y define a nivel económico la dinámica de acumulación, su trayectoria y resultados. A su sombra, tiene lugar el despliegue y maduración de las clases fundamentales del capitalismo: burguesía y proletariado; así como la presencia de un Estado activo, interventor. Es la industrialización, también, la que revela una nueva articulación del mercado interno a nivel de los sectores productivos y de su forma de inserción al mercado mundial. Adicionalmente las formas de relación entre el Estado, los empresarios y los trabajadores, son esenciales para explicar el proceso socio-político, así como también el ideológico.

ABSTRAC

This article tries to show how the process of industrialization appears, from the perspective of economic history, as the central phenomenon organizing the deep economic and social transformations of Mexican society in the XXth century.

In a first phase, from the last decade of XIXth century to the end of the 1930s, the process of industrialization unfolds as a product of capitalist development experienced by the country; in a second phase, until the mid-1980s, it becomes the great national project envisaged to overcome Mexico's condition of backward nation. The industrialization defines the dynamics of accumulation, its path and its results, and is accompanied by the development of the basic social classes of capitalism: bourgeoisie and proletariat; as well as the presence of an active, interventionist State. It is also industrialization that reveals a new form of articulation of national market at the level of productive sector and connection with the world market. Additionally, the forms of relation between State, capitalists and workers are essential to explain the socio-political process as well as the ideological.

